

CULTURA Y CALLE

El español, como heredero — también — de lo árabe, es un pueblo que vive en las calles. Las voces, sus resonancias y los paseos parlantes pregonan su cultura por las plazas. En las plazas, que no tienen puertas ni rincones, todo se escapa por las plazas. En las plazas, que no tienen puertas ni rincones, todo se escapa por las esquinas y los soportales hasta llegar al silencio de los domicilios particulares, y, al perderse por las habitaciones, ese todo, sin ser de nadie, es para quienes atestiguan el sabor de la cotidianidad.

Hoy no podemos distinguir cómo el interés del hombre por la cultura ha ido en aumento, sustentándose, como principio y difusión de lo autóctono y lo íntimo, en revistas, grupos folklóricos, representaciones teatrales, encuentros literarios, o cualquier otro tipo de publicaciones y actividades. Se está produciendo un nuevo enfoque de la cultura y de la información, con intencionalidad amena, en nuestra convulsa sociedad. Si participamos, con atención, en el desarrollo de este fenómeno entraremos en el aprecio de que tal amenidad es tan positiva y relajante como peligrosa en un tiempo ocupado por el ocio. Nos demuestra la preocupación por todo aquello que nos identifica y nos enriquece, al tiempo que nos permite tomar conciencia y aprecio de lo nuestro: El propio entorno y las costumbres que

nos determinan. Pero, ojo, no debe ser este el único cometido de esa responsabilidad cultural. La información enriquecedora nos ha de encaminar hacia perspectivas universales en cuanto conocimiento y capacidad crítica.

Inquietud que, impulsada por su independencia, procure una educación en consonancia con nuestro tiempo, y, responsable de todo tipo de representación de nuestro pasado y nuestro presente, proclame y haga prácticas las lecciones de Lorenzo Luzuriaga, ilustre pedagogo valdepeñero, que en sus obras y en su vida tantas ilusiones y pautas infundió para conseguir el mejor camino, en el que nuestro reconocimiento nos permitiera elejarnos desdeñosamente de lo enajenante y del consumismo y, con la cautela del precavido, desenmascarar a los facinerosos que nos atacan con esa, sucia, cultura de pastiche y crónica barata y pretenciosa.

Hoy en nuestros pueblos se genera cultura, un bienestar con muchas interrogaciones silenciosas y, tal vez por cansancio, menos crítica. Lo nuestro nos pertenece, y por ello, hemos de resaltarlo como ostentación que nos protege del enclaustramiento y sigiloso dominio de quienes nos observan con recelo. Nada mejor para este cometido que iniciarse en un localismo que tienda hacia lo universal. Revistas y periódicos

creando noticia y sorpresa de nuestros sucesos más próximos y solicitada admiración como requisito indispensable para lo útil y lo bello en todos sus demostraciones. He aquí su mejor destino: Conjugar la intuición y la cultura sin jerarquías ni partidismos, ser fiel reflejo de nuestra idiosincracia y de la personalidad artística de sus colaboradores. De esta guisa, con libertad y en apreciación de lo que nos es propio, lo que —ahora— es un canto a nosotros mismos podrá exceder toda frontera.

Hora es de que sobre nuestras mentes, sobre nuestra conciencia de ser en verdad quienes somos; y sobre los rótulos de nuestras calles se alcen el eco y las voces pregoneras de lo nuestro: El buen gusto, las costumbres que refuerzan el presente, nuestra sencilla y noble historia. En definitiva, cuidad nuestra mejor carta de presentación.

En estos tiempos, cautelosos y en sospechas y tímida reserva, de búsqueda y de inestabilidad aquel que sepa guardar un apunte de delicadeza o un sueño de niño en la plaza hará del recuerdo un castillo infranqueable, un mensaje cifrado, un reto a la desidia, una preciada herencia para el después y un hermoso canto, más con la exigencia del saber vivir con todos.

MIGUEL GALANES

DAIMIEL NO ES BALNEARIO

“Les escribo desde el quinto pino. Antes de que alguien me mande a él le informaré que ya estoy allí.”

Juan Asílodigo

Cada nuevo número de nuestro periódico me siento más orgulloso de él. Se empieza a parecer a un gran diario donde entre otros temas se publican quejas y problemas. Pero para que estos tengan validez es necesaria la coherencia.

Nadie le pone el bozal señor/a ANABEL. Debemos romper con la monotonía, con la rutina; por eso en los pueblos, afortunadamente, escasea el stress. Sé que usted viene a Daimiel a descansar tras una dura jornada de trabajo, pero esto no es una película de cine mudo. Este es un pueblo donde convive gente joven, madura y anciana y si eliminamos los ruidos que provienen de la juventud creamos un pueblo muerto; y eso no interesa ni a nuestra juventud ni a nuestro pue-

blo. ¿Es qué usted nunca ha sido joven?

El pobre Fernán, conductor daimileño, ¡qué desventuras! No pertenezco al Ayuntamiento, pero está claro que los primeros, por interés electoralista, que quieren ver terminadas las obras en las calles y eliminar esos baches y zanjas son ellos. Tenga siempre presente que para conseguir un Daimiel mejor es necesario hacer obras.

No se puede uno quejar de las obras en sí, pero sí de lentitud o de su escasa señali-

zación. Yo le voy a dar una solución: aparque el coche antes de llegar al centro y recorra las calles a pie, así evitará la mala señalización, aparcamiento en doble fila y sus tan sufridas obras.

El que quiera vivir sin problemas, no escuchar malas noticias, ni ruidos ni atascos, ni “desventuras” que se vaya a un balneario. Los de Suiza son muy buenos.

J.C. SEVILLA TORRIJOS